

Alberto Sánchez Arguello (Nicaragua)

Psicólogo. Ganador del primer concurso de cuento versión juvenil de la Fundación Libros para niños en el 2003 con "La casa del agua". Primer lugar en el VII concurso nacional "Otra relación de género es posible" categoría cuento, de CANTERA Nicaragua. Selección de jurado para publicación en el 2008 por la obra "Chico largo y charco verde" en el cuarto concurso nacional de literatura infantil "libros para niños y niñas 2008" categoría cuento. Publicación de selección de microrelatos en la revista literaria del Centro Nicaragüense de escritores Hilo Azul N° 5. Seleccionado para la antología "Flores de la trinchera" del fondo editorial Soma 2012. Primer lugar categoría lengua castellana IIª Convocatoria Internacional de Nanocuento Fantástico y de Ciencia-ficción "Androides y Mutantes".

Le reve du roi rouge

El cielo abandonó sus tintes verdes y naranjas para volver a ser azul celeste. Los edificios se alzaron uno a uno saludando al sol, como volviendo de un largo letargo, recobrando los techos y cristales rotos. Las flores volvieron a las terrazas y las calles se llenaron de vida mecánica. Los peatones se levantaron de las aceras, quitándose el polvo de la ropa para ejecutar la marcha cotidiana hacia sus trabajos. Las cafeterías retomaron la creación de humillo de café y los gatos aparecieron por las esquinas, lamiendo sus pieles descuidadas. En casa, mi madre salió de su cuarto, vestida de azul con su cabello en moña. Preparó la comida y se acercó con una bandeja a mi habitación. Se quedó en el umbral de la puerta viéndome con dulzura y avanzó despacio para susurrar a mi oído. Me desperté sobresaltado, con la sensación del aliento de mi madre en la mejilla. Por un momento pensé que estaba en la vieja casa de mis padres, pero las paredes metálicas derruidas me trajeron con dureza a la realidad. Me levanté con pesadez y miré hacia afuera por la ventana de doble cristal, sólo para cerciorarme que el cielo seguía siendo verde anaranjado, que los edificios yacían desparramados en medio de incendios y que mi madre jamás volverá a decirme buenos días.

Carlos M-Castro (Nicaragua)

Nació en 1987 en Managua, Nicaragua. Autor de Antropología del poema (Leteo, 2012), su trabajo está, entre otras compilaciones, en Flores de la trinchera: Muestra de la nueva narrativa nicaragüense (Soma, 2012), Apresurada cicatriz: Instantáneas de poesía centroamericana (Literal, 2013) y De ahí nomás: Poesía actual de Centroamérica y del Caribe (Vox / Germinal, 2013). Es miembro del consejo editorial de la revista electrónica Álastor y su sitio web es lectordislexico.net.

El domingo de Charly

Charly está muerto. Debió de haber sido en la noche, cuando dormíamos. Mama Juana ya sabía desde antes: La semana pasada, mientras se alistaba para ir a su trabajo, después del desayuno, se paró frente a él y dijo:

¡Ideay, ahora sos vos el que no quiere comer! Este animal se va a morir, le hace falta compañía.

Yo no le creí, porque cuando Lola estaba viva tenía a Charly, no estaba sola, y aun así se murió. Por eso pensé que morir se es solo una costumbre que en ocasiones tienen las tortugas, y que no les importa si lo hacen solas o no. Y a Charly no lo miraba que se fuera a morir. Nadie, además de Mama Juana, lo hubiera dicho. Cada vez más grande y siempre comiendo lo que le dábamos. Para mí que se aburría y entonces decidió morir; porque, después de todo, tal vez sea cierto que no tener con quién platicar ni jugar es fatal, como cuando te enfermás y tenés que pasar todo el día en la cama y no hay amiguitos ni se puede relinchar como siempre por la casa y te llevan al doctor y te inyectan y duele y después solo querés dormir porque da un sueño loco.

Cuando la Karla se levanta y se da cuenta, pone una cara de monito enjaulado, como el que vimos el otro día en el zoológico. Primero no dice nada, abre los ojos bien grandes y la piel se le destiñe, pálida-pálida; se agarra el pelo con las dos manos y después se restriega duro la cara (seguramente cree estar soñando). No sé lo que dice. Pega gritos y nada se le entiende. Yo no sé por qué llora tanto.

A mí no me dan ganas de llorar. Por dicha hoy es domingo y me quedo en la casa. Así acompaño a la Karla.

Quién sabe si las tortugas también se van al cielo. Según la profesora, todos fuimos creados por Dios, o inventados. Yo sé bien cómo es eso, también a mí me da por inventar. Como cuando hago muñecos de plastilina y les pongo nombres y los hago hablar. Después juego con ellos y dejo que hagan lo que quieran, hasta que me aburro. Así me di cuenta de que todas las personas son un poquito Dios cuando juegan.

Tal vez Charly ahora se va a convertir en una hormiga o un caracol. Digo esto porque generalmente yo, cuando deshago uno de mis muñecos, uso la plastilina en otro diferente.

Como caracolito a Charly le iría bien. Es divertido. A veces soy caracolito y veo cómo la gente va en carrera a ninguna parte, mientras yo camino súper lento y muevo mis ojos caracolescos que son muy graciosos. Y lo mejor es entrar a mi concha y convertirme en cualquier cosa, como un globo que va a la Luna y se pierde en la galaxia y entonces descubre que en realidad es una hoja llevada por el viento sobre el mar hacia la playa. Cuando aterrizo vuelvo a mi paso de caracol y digo casa y regreso a la sala de mi casa.

Igual que cuando pasó lo de Lola, hoy saldré con la Karla a pasear. Esa vez fuimos al circo y me subí a una elefanta. Yo quería hacer piruetas como los acróbatas, pero la Karla no me dejó. Es que yo me sé una forma de volar que nadie sabe, pero ella dice que solo locuritas soy. Yo no digo nada. Hoy iremos al cine.

Me gusta cuando vamos a ver películas porque la pantalla es enorme y apagan la luz y hace frío. Comemos palomitas de maíz y yo le pregunto a la señora que las vende que de dónde sacan esas aves, porque yo no las he visto nunca volando en ninguna parte, y yo me fijo siempre bien en todo. La mujer solo sonríe y a veces me regala una paleta, y no dice nada.

También me gusta que si me aburro y me duermo antes de que acabe la película la Karla me lleva chineada de vuelta hasta la casa. Yo muchas veces me hago la dormida.

Mientras mi Mama Juana me está peinando veo mi cuarto por el espejo de la sala. La Karla se está poniendo polvo de maquillaje en la cara. Parece que un poquito se le metió en los ojos, porque se los restriega de vez en cuando. Yo le digo: ¡Mama, apúrate, ya vámonos!, ¿qué tanto te arreglás?, ¡si vas al cine conmigo, no con un novio!

¡Solo ocurrencias sos, Alejandra! Yo no sé de dónde saca tantos inventos una niña de preescolar, dice la Karla sonriendo. Mama Juana también sonríe, y yo veo mis dos colitas en el espejo.

Mauricio Paguagua (Nicaragua)

Nació en Jalapa Nueva Segovia en el año 1974, estudios primarios los realizó en su natal Jalapa, la secundaria en la ciudad de Somoto. Es graduado en Ciencias Sociales de la facultad de Educación y Humanidades de la Universidad Nacional de Nicaragua (León). Graduado de la carrera de Derecho en la UCN. Ha publicado un libro de prosa narrativa en el año 2012. Miembro de la Asociación Creadora Intercultural (ACIC) Dedicado a la labor social en proyectos de adaptación al cambio climático en el sector de agua potable y saneamiento rural.

Onanismo

Adán recogió una manzana del suelo, la limpió en su única costilla con mucha delicadeza, y se apresuró a esconderse en un rincón del Edén. La mordió vorazmente hasta comérsela, sin compartirla con Eva, que en otro rincón del jardín hacía lo mismo.

La puta del barrio

Ningún vecino sale del asombro, no pueden creerme que haya visto a la Virgen María, porque soy la puta del barrio. Desde un inicio supe que todos lo considerarían inaudito, pero quise compartir con todos ese secreto y decidí ir de casa en casa diciéndoles lo que había visto; pero nadie me creyó, entonces me cansé.

La virgen me dio un mensaje, algo que definitivamente iba a conferirme la fama de vidente, que en su momento tuvieron también los niños de Fátima. La Virgen me dijo que el río iba a crecer y que la gente que vivía en sus márgenes tenía que evacuar. Pero al ver la negativa de todos en el pueblo, no les dije.

El Mitch se los llevó.

La historia de Pedro el de la Chureca

I
Escarbaba dentro de la basura, buscando algo no tan podrido... Tenía tres días de no probar bocado.

II
Sentado sobre la acera, sonreía aunque chintano, comiéndose algo que logró rescatar de la gusanera.

III
Todos los días corría tras los camiones escarbando en la basura, pero jamás encontró zapatos de su medida, protegía sus pies con un par de cartones y unas mugrientas tiras atadas a los tobillos.

IV
Curtido por el sol calcinante de la Chureca, aparentaba ser un viejo enjuto, con tantas cicatrices y manchas penetrantes. Pedro apenas cifraba los doce años.

Fauno Ezequiel (Nicaragua)

Licenciado en contabilidad pública y finanzas. Miembro fundador y editor de la revista pandemónium del Instituto Nicaragüense de Cultura. Se ha destacado en la dramaturgia y presentado sus obras en coordinación con el banco central de Nicaragua y grupos universitarios. Ha publicado "los malos hábitos de la subsistencia" (2014) y recientemente ganador del Primer Concurso Nacional de Narrativa Breve "Edgar Escobar Barba" convocado por la Acción Creadora Intercultural (ACIC).

De noche todas las bolsas son negras.

Para el profesor Víctor Ruiz

¿Vos lo miraste? ¿Lo miraste? ¿Acaso ya estabas despierto esa madrugada cuando, al borde de alguna cama, un pie dormido buscó a ciegas sus chinelas? ¿Sabías que eran anaranjadas? ¿No te pareció raro sentir que alguien más también despertaba?, ¿tuviste algún palpito de incertidumbre por esa sincronización? ¿No reconocés la maldad antes que estornude? ¿Tiene que pasar frente a vos como una burbuja de sangre? ¿Recordás que era lunes? ¿Quién no odia los lunes? ¿No es cierto que preferimos seguir intoxicándonos con los pedos de la almohada? ¿Es mentira acaso? ¿Lo negás? ¿A quién jodido le dan ganas de matar a su mujer un lunes? ¿A vos? ¿A mí? ¿Quién no desea matar al busero el lunes?, ¿te gustó la idea, verdad? ¿Se te antoja? ¿Y a tu mujer? ¿La matarías un lunes? ¿¡Ves!? ¿Para qué vas a matar a tu mujer un lunes? ¿Por qué no un viernes de mala suerte? ¿Por qué no un sábado por la noche después de la pelea de Mayorga? ¿No es cierto pues que los lunes son solo para marchitarnos? ¿Y todavía dudás si el presentimiento era malévolo? ¿Para adónde vas? ¿No me vas a esperar? ¿Te incomodan mis graznidos?

¿Te incomodo? ¿Esa manera de caminar es de cuando estás nervioso? ¿Yo te pongo nervioso? ¿Ese cadáver te pone nervioso? ¿Qué ves? ¿A la gente? ¿Las cámaras de canal «muerte»? ¿Ves su cuerpo desnudo lleno de sangre? ¿La cubre toda esa sangre? ¿Hasta su cosita, su inocente cosita? ¿Sabés que resultás sospechoso? ¿Estuviste a su espera acaso? ¿No se te hace demasiada coincidencia "despertar al unísono"? ¿Qué cigarro encendiste? ¿Fue la media docena que te lanzaste? ¿Tuviste que ir en su búsqueda porque nunca llegaba? ¿Y la encontraste? ¿En una bolsa negra, verdad? ¿Me vas a decir que de noche todas las bolsas son negras, como los gatos que se vuelven pardos? ¿A quién te recuerda ese oficial? ¿Qué pregunta? ¿Estás seguro que eran las tres cuando llamaste a la policía? ¿Verdad que todo le hubiera salido perfecto a ese maje si vos no fueras llegado? ¿"Por casualidad", reiterás? ¿Quién no sospecharía que alguien como vos es adicto a escuchar pasos en la madrugada? ¿Quién no se asoma cuando escucha el grito de una pala, verdad? ¿Estás triste? ¿Verdad que no podían haber siseos más eufónicos entre todos aquellos silenciados ese día? ¿Por eso es que odiás despertar los lunes? ¿Los lunes en que todas las cosas amadas amanecen muertas, excepto vos?

César Rafael Saravia (El Salvador – Argentina)

Es parte del Colectivo Tantapalabra, El Salvador.

La Casa de Lámina

Hoy el cielo en San Salvador no está estrellado, le sustituye una aparente orgía de nubes traviesas que se acarician con inocente curiosidad, como de adolescencia. Pero no son como las nubes que de niño uno utiliza de juguete. No, éstas son sospechosamente venenosas y arrojan una que otra gota que anuncia la lluvia que se aproxima. Será una noche fría y miles de desesperados emprenden carrera hacia sus casas para evitar ser alcanzados por el agua, como si mojarse fuera igual de terrible que la muerte.

Ya muchos salvadoreños descansan bajo su techo, protegidos por sus paredes de concreto y ladrillo, algunos, porque hay otros que descansan en casas de aluminio, o incluso de cartón. Pero de éstas, canciones ya se han escrito y entonado en cada rincón del continente, cosa por la cual hay que enfocarse en las primeras, de las cuales poco se ha hablado, o poco hemos escuchado, ya sea por ignorancia o desinterés.

En una de estas casas, hay una niña en el comedor, que es la misma cocina, que a su vez es la sala y que acomodada también está la habitación, donde duermen tres personas, ayudados por eso de la flexibilidad de los seres humanos. En una pequeña esquina unos libros que descansan. Es que de esos no debe faltar en ninguna casa. A este pequeño rincón, para ser más sofisticados, lo llamaremos biblioteca, palabra que bien aplicada está aunque en un principio pueda parecer burlesca.

La niña, quien está en el comedor, lee algunos libros de la biblioteca, con la lluvia que poco ayuda, al caer como si botar las paredes de aluminio fuera su objetivo. Pero ella no deja de leer, su mérito tiene. Quisiéramos saber que lee tan afanada, pero hasta ese punto de la intimidad no se nos está permitido llegar.

La pobre niña no ha escapado de la mala suerte que acompaña a los pobres, se ha quedado dormida justo cuando la lluvia termina. Debe de haber una serie de contradicciones en los planes que hay en el cielo, por eso de siempre perjudicar a quien menos tiene. Es de entender, entonces, la reciente mala reputación que Dios se maneja.

Amanece y el calor, que debe ser insoportable rodeados de aluminio, despierta ya a la niña, que tiene por nombre Carmen, que en latín significa poesía y que bien le viene a estos acontecimientos. Tocan la puerta, que está medio abierta y que se toca más por formalismo, detrás de ella aparecen unos hombres con gorras y camisas de un café claro, les llaman los del CAM. Venimos con orden de desalojo, dicen, con toda la tranquilidad de la experiencia, como si hubieran perdido ya la conciencia. Carmen, que está sola en la casa, toma sus libros, pues bien letrada es ésta pequeña, mira a su alrededor por última vez la que de un minuto pasó de ser o ya no ser: su casa.